

*Jorge Estrella*  
Universidad de Chile  
Facultad de Filosofía y Letras

## COSMOVISION DEL POSITIVISMO

La cosmovisión del Positivismo es una cosmovisión filosófica. Con esto queremos decir que es fruto de un pensamiento orquestado deliberadamente, no de la distracción, de la fe o de un estado de ánimo. Echa raíces en la historia de la filosofía y de ahí que un notorio rasgo inicial sea su formulación en un lenguaje técnico, un tanto especializado, como lo es casi siempre una formulación filosófica. Procuraremos aquí evitar ese tecnicismo y delinear los rasgos salientes del Positivismo. Pero al tiempo que especializada, la cosmovisión del Positivismo ostenta cierta popularidad. Lo sepamos o no, muchas de nuestras convicciones contemporáneas son afines a ella. Más adelante veremos en qué consiste esta dualidad de la cosmovisión que comentamos.

En este análisis evitaremos una consideración histórica sobre los orígenes y proyecciones del movimiento positivista. Nos detendremos más bien en sus ideas centrales. Entenderemos aquí por Positivismo al movimiento intelectual iniciado por Augusto Comte en Francia hacia la primera mitad del siglo XIX. Más brevemente, nos referiremos también al neopositivismo, versión contemporánea que se propuso rescatar y llevar hasta sus últimas consecuencias algunas tesis comtianas y otras surgidas en el seno de este movimiento.

Un rasgo común a toda cosmovisión, secreto o manifiesto, es su vocación de absoluto. Quien vive su entorno desde una cosmovisión tendrá poblado el ánimo de preferencias, respuestas, negaciones, olvidos, tercas hostilidades; sentirá que sus actitudes están justificadas; que en su obrar, pensar o sentir late la humanidad entera. Y si ésta no participa de sus fervores, diagnosticará su anomalía lisa y llana. Cualquier cosmovisión pretende ser válida sobre las restantes porque se atribuye el hallazgo de una perspectiva que se cree más valiosa. El Positivismo entiende que su óptica es no sólo la mejor, sino también el fruto inevitable y último del desarrollo del pensamiento: toda la historia pasada asume la forma de un largo balbuceo, de un peregrinaje que encuentra su término y su sosiego en la cosmovisión Positivista. Como autor de un evangelio, Comte habla del "antiguo régimen mental" para referirse a la época pre-positivista. Entendió que la historia humana (individual y colectiva) muestra un progreso en el que pueden discernirse tres estadios: el teológico,

el metafísico y, finalmente, el positivo. En el primero de ellos el hombre enfrenta el conocimiento del mundo con escasas armas y excesivas pretensiones: busca explicaciones totales y conjetura fuerzas mágicas o divinas actuando detrás de lo que percibe. Ver en las entrañas de una paloma al augurio, en el relámpago la amenaza o en la peste una venganza, era el difícil oficio que ejercían aquellos hombres para entenderse con las fuerzas sobrenaturales. Buscó su protección y procuró huir de sus rencores. Pero vivió suspendido de esta convicción: el mundo es leve y frágil, la verdadera realidad está detrás tejiendo la trama de los días. Si el hombre buscó su presencia en las cosas (astros, árboles, piedras), Comte propone que llamemos *fetichismo* a su actitud. Si la encontró en seres imaginarios, menos tangibles que el rayo, pero más poderosos que él, debemos llamar *politeísmo* a su convicción. Si reunió esa dispersión de poderes en un Dios único, su credo es el *monoteísmo*. Tres fases del mismo período teológico. En todas ellas el hombre mediatiza el mundo, ve en él un signo. Y, como todo signo, no importa por sí sino por lo que significa. El mundo significa lo sagrado. Es el ámbito donde éste se revela cargado de notas humanas. Y esto también tiene un nombre: antropomorfismo. Dentro del mismo estadio, las fases revelan un progreso, un afinamiento de las facultades. En la primera el hombre es fronterizo de la bestia, “apenas difiere del estado mental en que se detienen los animales superiores”. En el politeísmo, en cambio, pone en juego una libertad creadora sorprendente, genera múltiples dioses, su imaginación lo rescata del fetichismo. En el monoteísmo la razón interviene, organiza y pone límites a lo imaginativo, ejercita el sentimiento de que el universo está sujeto a leyes invariables.

Veamos ahora qué ocurre con el hombre que vive el segundo estadio, el metafísico. Se conserva en él un rasgo del estado teológico: la convicción de que el mundo oculta tras de sí su verdadero sentido, la seguridad de que por detrás de la información que nos dan los sentidos, hay *algo más* y más valioso. También aquí el mundo es signo de otra cosa. ¿Cuál es, pues, la diferencia con el estadio teológico? Hemos señalado una coincidencia muy profunda entre ellos. Pero la distinción no lo es menos: mientras el *algo más* buscado en el primer estadio era lo sobrenatural, en el segundo es un conjunto de entidades metafísicas. Es necesario detenerse un poco más en esto porque satisface poco decir que el estadio metafísico se caracteriza por su búsqueda de entidades metafísicas. En efecto, ¿qué son esas entidades metafísicas? Responder a esta pregunta, definir lo metafísico, es sumamente difícil. Seguramente nadie ha conse-

guido hacerlo en una forma que satisfaga a todos. Utilicemos algunos ejemplos para acercarnos a la comprensión de qué sea lo metafísico. Conozco a Pedro. Lo vi crecer conmigo y hace años que somos amigos. Una ligera reflexión basta para mostrarme que las múltiples imágenes que tuve de Pedro son distintas entre sí. La variedad de perspectivas en que lo vi es tan amplia que me sería imposible recordarlas todas. Lo he visto niño, joven, adulto. Su rostro, su voz, sus modales han cambiado y seguramente no dejarán de hacerlo. Ahora bien, ante esta profusión de datos distintos podemos preguntarnos, ¿cuál de ellos es Pedro? Evidentemente ninguno tomado en forma aislada. ¿Será entonces su suma? Tampoco, pues supongo que en el futuro, del cual no tengo percepciones, Pedro seguirá siendo Pedro. Una respuesta hacia la que tendemos naturalmente es que Pedro es *algo más* que las percepciones que tuve de él, es una identidad, algo idéntico, que no cambia, que permanece por detrás de las mutaciones observadas. La voragine de detalles distintos, suponemos, esconde una permanencia. A esta permanencia, a este núcleo de realidad invariable, se llama en filosofía desde hace mucho tiempo *sustancia*. Y la sustancia es una entidad metafísica.

Tomemos otro ejemplo. Observo una piedra arrojada con cierta velocidad sobre un cristal. Cuando éste se destruye decimos que fue a consecuencia del impacto. Decimos también que la piedra traía una fuerza y que ha sido esa fuerza la que provocó la rotura del cristal. Pero, ¿qué hemos visto efectivamente?: una piedra recorriendo a cierta velocidad el espacio, su contacto con el cristal y a continuación la destrucción de éste. No hemos visto la fuerza y sin embargo hablamos de ella. La hemos supuesto actuando por detrás del fenómeno observado. Un cable de acero sostenido en un extremo y tensado por varias toneladas de peso en el otro, despierta en nosotros la impresión de que está haciendo fuerza. Su modificación externa es mínima y, dentro de ciertos límites, nada nos revela. Pero nosotros no dudamos en afirmar que si el peso aumenta también aumentará la fuerza que hay dentro del cable. Lo curioso es que no percibimos en ningún momento esa fuerza. Entendida como algo oculto pero actuante, existente dentro del fenómeno, la fuerza es otra entidad metafísica.

Sustancia y fuerza son, pues, nociones metafísicas. Tienen de común, al menos, el hecho de no ser entidades perceptibles. Nuestros sentidos no nos informan de su existencia. Alma, causa, primer principio, son ejemplos de otras tantas entidades metafísicas. Nuestra razón o nuestra imaginación proponen su existencia. Nuestra experiencia sensorial jamás

puede confirmarla. Y como el Positivismo es un pensamiento que valoriza especialmente nuestro conocimiento de la naturaleza a través de los sentidos, exige la destitución de esas entidades metafísicas. En el estadio positivo el conocimiento abandonará la búsqueda de lo metafísico, hundirá sus raíces en la experiencia. La razón intervendrá para ordenar los datos de la observación y la experimentación. Pero éstas controlarán celosamente a la razón para impedirle que vuelva sus ojos a lo metafísico, a lo inverificable. El conocimiento sólo podrá ocuparse de aquello que, en principio, pueda confirmarse por la experiencia. En el estadio teológico, la conjetura imaginativa lanzaba al hombre en pos de divinidades. Fue la infancia de la humanidad. En el metafísico se afianza una tenaz voluntad de razonar, de argumentar en el vacío persiguiendo lo inexistente. A juicio de Comte, fue un precio que debió pagar nuestra evolución mental. En el estadio positivo la experiencia es el gozne sobre el cual gira todo nuestro conocimiento. La humanidad ha alcanzado su virilidad, su "estado definitivo de positividad". La imaginación se subordinará a la experiencia, no se buscará más la oculta conexión que enlaza a los fenómenos. Esta forma de conocer tiene una ventaja indudable sobre la puramente metafísica: es útil. Permite prever el comportamiento de los objetos del mundo y por eso mismo nos da armas para utilizarlo según nuestros intereses. Por otra parte, no se pretende ahora alcanzar verdades absolutas. Si la experiencia desmiente las conclusiones de este conocimiento, él no duda en modificarlas. Porque acepta el carácter perfectible de nuestra comprensión de los fenómenos. En cambio la teología y la metafísica, por su propia naturaleza según Comte, no pueden experimentar progreso. Su aspiración hacia lo absoluto, su persistente volver sobre problemas insolubles, no les permite un avance continuo hacia un fin determinado. Prueba de ello sería el contenido invariable de las discusiones metafísicas que, desde los filósofos presocráticos hasta los actuales, se mantiene en el mismo punto de irresolución, de perplejidad. Si no se ha avanzado en sus soluciones se debe simplemente a su insolubilidad radical. Para el Positivismo, en cambio, el progreso es un dogma. Tratemos de caracterizar ese progreso. La noción presupone un proceso que arranca desde algo y tiende hacia otra cosa. Presupone también que el segundo momento es más valioso, es mejor. El momento inicial del progreso positivista, lo vimos, es el hombre fetichista, casi animal. El final consiste en un horizonte más que en una situación lograda. Ese fin al que nos aproximamos constantemente sin alcanzarlo plenamente consiste en "hacer prevalecer cada vez más los atributos eminentes que

distinguen más nuestra *humanidad* de la mera animalidad; es decir, de un lado la inteligencia; de otro lado la sociabilidad”.

¡Dicho brevemente, el progreso consistirá en actualizar cada vez más el espíritu positivo. Inteligencia y sociabilidad son los términos básicos de ese progreso. Comte entiende que del mismo modo como la ciencia y la inteligencia se benefician al abandonar los estadios teológico y metafísico, el ingreso en la positividad también influirá saludablemente sobre la moral y las buenas disposiciones sociales latentes en el hombre. Recordemos cómo es esa inteligencia y esa moral social en el estadio positivo. Hemos visto cómo el Positivismo insiste en detener la mirada intelectual en los hechos sin buscar en ellos la huella de un dios o una fuerza. Cuanto más laica y menos vital sea nuestra inteligencia, nuestra percepción del mundo, más cerca estaremos del hecho verdadero. Pero a Comte no se le escapó que el puro acopio de hechos no nos proporciona aún ciencia. La ciencia busca, desde siempre, la ley que explica al hecho, nunca se detiene en el hecho por sí mismo sino en tanto es un ejemplo de la ley que lo rige.

Comte, a pesar suyo, también dio un salto al ámbito de la metafísica. ¿Por qué? Porque defendió como “dogma fundamental” la afirmación de que el comportamiento del mundo es regular; defendió el carácter universal de las leyes descubiertas. ¿Y acaso podemos percibir esa universalidad? La ley, para desdicha del Positivismo, se parece curiosamente a las entidades metafísicas que tanto ha criticado. Nunca vemos una ley. Sólo percibimos los hechos que se someten a ella. Lo extraño del asunto es que, aunque únicamente veamos casos concretos, aquí y ahora, entendemos que algo distinto de ellos, la ley, digita el orden de los fenómenos que percibimos en este momento. Y no sólo a ellos sino también a los del pasado, a los que ya no son, y a los futuros, a los que aún no son. La afirmación de que hay leyes en el mundo, es metafísica. No tenemos experiencia de ellas mientras valen en el pasado y en el futuro. Nótese cómo volvemos a un punto inicial: la ciencia también ve en el hecho un signo de otra cosa, de una ley. Parece imposible que la mirada humana, aún en el estadio positivo, se detenga en los hechos.

La ciencia, pues, conoce leyes. Paradójicamente, el Positivismo anti-metafísico valorará en ellas algo que tienen de metafísico: la posibilidad de predecir el futuro, de anticiparnos lo que ocurrirá en ese tiempo que no vivimos. Conociendo cómo es el curso de los hechos, conociendo la ley, el hombre podrá dominarlos y forjar un rostro a su futuro. En esto consiste el mecanismo del progreso, en esto consiste la forma de proce-

dimiento que emplea la inteligencia positiva: Ciencia luego Previsión; Previsión luego Acción. La simplicidad de esta fórmula encierra lo medular del Positivismo.

Pero la noción de Progreso (intelectual y social) trae aparejada otras: la de Orden. "Para la nueva filosofía, el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden: como en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables como fundamento o destino". Este enfoque naturalista entiende a lo social como un aspecto más de la naturaleza. Y si particularmente la naturaleza viviente muestra una ceñida armonía entre cambio y equilibrio, no habría razón para negar al fenómeno social esa solidaridad entre orden y progreso. El Positivismo de Comte no habla de revolución. Al contrario, procura sustituir "la estéril agitación política" por un "inmenso movimiento mental". No habla de arrebatar el poder a quienes lo detentan sino de consolidarlo "en manos de sus poseedores, cualesquiera que sean".

Ahora bien, ¿de qué naturaleza es este orden social que condiciona al progreso? ¡Comte se decide por una interpretación colectivista. La nueva filosofía —dice— tenderá siempre a hacer resaltar, tanto en la vida activa como en la vida especulativa, el vínculo de uno con todos, de modo que se haga involuntariamente familiar el sentimiento íntimo de la solidaridad social, extendida convenientemente a todos los tiempos y a todos los lugares. A su juicio, bajo el influjo del espíritu positivo, el individuo se sentirá por primera vez inserto no sólo en el ámbito social sino, además, heredero del pasado de la humanidad y autor de su futuro.

Se patentiza aquí esa curiosa dualidad de la cosmovisión positivista: es académica (casi de gabinete, diríamos) por un lado y popular por otro. El Positivismo quiere atar en un sólo nudo dos actitudes distintas, la científica y la del hombre corriente; la actitud crítica del investigador y la del sentido común. El Positivismo quiere ser una reivindicación del sentido ordinario que inspiró a todos los hombres, aún bajo las influencias teológicas y metafísicas, en la solución de los problemas que presenta la vida diaria. Por absurdas que sean sus creencias sobre la naturaleza última de la realidad, los hombres muestran una notable eficacia para descubrir empíricamente ciertas leyes rudimentarias que les permiten anticipar el curso de algunos fenómenos y actuar conforme a esas previsiones. Fetichistas o metafísicos, los hombres han sido muy prácticos en la construcción de sus viviendas o en el cultivo de sus campos. El Positivismo procura extender a todos los ámbitos del conocimiento y de la ac-

ción esa comprensión natural que los hombres tienen sobre los problemas inmediatos. El hombre arcaico, por ej., pudo creer muchas cosas sobre los cuerpos celestes. Pudo preguntarse azorado dónde se metía el Sol luego de desaparecer en occidente, cómo es que aparecía al día siguiente por el lado opuesto; pudo tejer historias, creer que el Sol atravesaba puertas que alguna vez podían cerrarse y no darle paso; que en realidad era rapado todas las noches pero que él conseguía fugarse diariamente, etc. Pero lo cierto es que cuando se trataba de cultivar la tierra, sembrar y cosechar, lo hacía diestramente, pues era conocedor de la periodicidad de las estaciones. El Positivismo quiere que en todos los ámbitos concretos seamos como esos labriegos; que en una especulación general sobre el mundo jamás seamos como ellos. La única diferencia, pues, entre el espíritu positivo y el sentido ordinario del hombre, radica en "la generalidad sistemática de uno, gracias a su abstracción necesaria opuesta a la incoherente especialidad del otro, ocupado siempre en lo concreto".

Todo esto parece muy razonable. Pero esconde una dificultad que el optimismo de Comte no le dejó ver. En efecto, esa extensión del sentido común a todos los ámbitos del conocimiento es a menudo imposible. La investigación en ciencia o en filosofía supone frecuentemente lo contrario, un abandono de ciertas convicciones corrientes. Einstein por ej., no podría haber formulado su teoría de la relatividad si hubiera continuado atado a las nociones tradicionales de tiempo y espacio. Aristarco o Copérnico tuvieron que deshacerse de dos experiencias muy vívidas (el Sol *se mueve* en el cielo, la Tierra *está quieta* bajo nuestros pies) para proponer lo contrario de aquello que ellas evidencian (el Sol está quieto, la Tierra gira sobre su eje y alrededor de aquél). A pesar de esta objeción, es visible que la cosmovisión positivista está presente en nuestro mundo contemporáneo. ¿Cómo es posible que el sentido común participe de las convicciones teóricas de una cosmovisión que nació de la filosofía, que es fruto del espíritu crítico de la ciencia? No es difícil encontrar una respuesta. Lo que está hoy en boga del Positivismo no son sus disquisiciones técnicas, su aversión a la metafísica o su interpretación fenomenista de la realidad, por ejemplo. Son más bien aquellas nociones que fácilmente pudieron popularizarse: la fe en la ciencia, fe acentuada por los logros impresionantes de ésta; la tendencia al colectivismo; la creencia en un progreso ininterrumpido de nuestro dominio sobre la realidad; el ateísmo, que puede ser un credo como cualquier otro; la pérdida de sensibilidad para el misterio surgida de la irracional adhesión a la opinión de que todo puede explicarse. Todo esto está presente en el ánimo

de nuestro tiempo. Lo que el Positivismo de Comte quiso anudar en un solo lazo ha vuelto a desatarse: lo que tiene de análisis especializado (filosófico, científico) esta filosofía ha sido olvidado, o recordado por pocos. Lo que tenía de popular se ha popularizado efectivamente. Ahora estamos en condiciones de preguntar y responder a esta pregunta: ¿por qué el movimiento que estudiamos se autotituló Positivismo? El mismo Comte nos ofrece un claro análisis de los distintos sentidos encerrados en este término, todos ellos convergentes en destacar los rasgos de la filosofía positiva. En un primer significado "la palabra positivo designa lo *real*, por oposición a lo *quimérico*". Un segundo sentido del término "indica el contraste de lo *útil* y lo *inútil*". En tercer lugar se lo usa para "calificar la oposición entre la *certeza* y la *indecisión*". Una cuarta acepción opone "lo *preciso* a lo *vago*". Finalmente se emplea "lo positivo como lo contrario de lo *negativo*".

Sintetizando puede decirse que se trata de una filosofía, de una visión del mundo y del hombre, que elude lo quimérico, porque es inútil y nos mantiene en la indecisión; de una filosofía que busca lo real porque es útil, nos otorga certeza en nuestros conocimientos y nos permite organizar nuestro progreso.

Nos referiremos ahora sumariamente al Neopositivismo, movimiento surgido en la segunda década de este siglo con la intención de remozar al viejo Positivismo. La popularidad de este segundo movimiento es más bien nula, porque detuvo su mirada en ese núcleo de problemas técnicos que había planteado el Positivismo.

Con renovada energía el Neopositivismo vuelve a la carga contra la Metafísica. Pero esta vez no se conforma para esa empresa, como Comte, con "el buen sentido universal". El Neopositivismo dispone de un argumento nuevo para liquidar a la metafísica: la reciente lógica matemática. De ahí proviene otro de los nombres de este movimiento, el de Positivismo Lógico. Se mantiene aquí la tesis central del empirismo: todo nuestro conocimiento acerca del mundo proviene de la experiencia sensorial. Pero como la ciencia formula ese conocimiento mediante conceptos, enunciados y razonamientos, el Neopositivismo pone énfasis en un análisis lógico de estas estructuras que aparecen en el lenguaje de la ciencia. Dicho análisis lógico del idioma científico permitirá, según esta filosofía, poner en descubierto las nociones metafísicas que con tenaz perseverancia procuran filtrarse en el verdadero conocimiento. Sólo se aceptarán aquellos enunciados que, o provienen del ámbito lógico o están justificados por la experiencia. Los enunciados metafísicos no son verdaderos ni falsos.

El brío antimetafísico de esta posición afirma algo más radical: los enunciados metafísicos son sin sentidos, no tienen significación, no podemos comprender lo que dicen porque nada dicen. Jamás recibió la metafísica un ataque más virulento. Comte ya había sugerido esta interpretación de las frases metafísicas en un breve pasaje de su *Discurso de Filosofía Positiva*: “toda proposición que no pueda reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible”. Pero Comte había insistido más en destacar la esterilidad, la inutilidad de los juicios metafísicos. El Neopositivismo quiere desterrarlos de cuajo porque, a su juicio, no puede entenderse lo que dicen. Porque teniendo la forma aparente de enunciados, no lo son en realidad, a nada apuntan. Y tienen el peligroso efecto de introducir quimeras, pseudoproblemas que enredan a la inteligencia. Si decimos ‘La puerta del fondo está abierta’, notamos inmediatamente que el sentido de ese enunciado puede constatarse. Basta un vistazo para decidir si es verdadero o falso. Si en cambio afirmamos ‘Dios es Todopoderoso’ o ‘Los Angeles moran en el evo’, no hay posibilidad alguna para decidir su verdad o falsedad por la experiencia. El Neopositivismo sostiene que, en casos así, es preciso analizar el sentido de cada una de las palabras. Afirma que ese análisis mostrará la imposibilidad de resolver qué cosa significan términos como ‘Dios, Angel o Evo, que no podrá definírseles porque no remiten a algo; remiten a nada y por eso carecen de sentido.

Esto parece entenderse. Ante esos dos tipos de juicios (los que apuntan a una experiencia concreta y los que no lo hace en absoluto), podemos tomar actitudes definidas. Nadie dudará que se trata, efectivamente, de enunciados totalmente distintos. Pero el asunto se complica para el Neopositivismo cuando recordamos que la ciencia no emplea ni uno ni otro tipo de juicios: ni juicios singulares ni juicios teológicos. Los enunciados más importantes de las ciencias son las leyes. Vimos antes que la ley es un juicio universal, no remite hacia algo concreto como ‘La puerta del fondo está abierta’, sino a un pasado y a un futuro de hechos que, como tales, no existen. ¿Cómo conciliar la exigencia de verificación, por un lado, y la defensa de las leyes por otro? Porque al Neopositivismo le importa mucho sostener ambas cosas: la ley científica como conocimiento por excelencia y la constatación por la experiencia de cualquier enunciado referido a la realidad. Las leyes son enunciados, se refieren ampliamente a la realidad. Pero como ésta se nos ofrece en el tiempo, sólo podemos confirmar las leyes parcialmente, en distintos momentos singulares, nunca en su ambiciosa universalidad. Lo tremendo para el Positivis-

mo es que, sin esa universalidad la ley no sirve, es inútil, no permite ni predecir un futuro ni diagnosticar un pasado.

Esta dificultad acarrea otra. Si se insiste demasiado en la exigencia de lo verificable por la experiencia, se va cayendo en la cuenta de que lo único efectivamente verificable es aquello que las sensaciones me ofrecen en un estrecho presente. Mis sentidos únicamente pueden darme información cuya validez caduca al instante siguiente. Si válido es sólo aquello que puedo confirmar con mis sentidos y si sólo puedo confirmar con mis sentidos aquellos enunciados referidos al instante, ninguna afirmación que exceda el fugaz presente podrá ser aceptada como verdadera. En rigor ni podríamos hablar acerca del mundo porque el habla es temporal y la realidad se le habría escapado antes de que ella termine de nombrarla, ya se habrá fugado del escenario cuando el habla esté aún anunciándola.

¿Cómo tendríamos que ver al mundo si insistimos en sobrevalorar lo verificable?: como una sucesión discontinua donde el pasado devora los instantes que atravesaron fugazmente por el presente. ¿Pero acaso puede el espíritu, afanoso por conocer, hacer pie en el instante fragmentario? En esta interpretación, el mundo tiene algo de fantasmal. Es como una nada cuya única oportunidad de existencia, de presencia, se la ofrece el presente. Cuando éste apenas le ha consentido mostrarse, ya le toca el turno de volver a la nada. El mundo no existe, está quebrado por el tiempo. Sólo existe el instante, imaginar que forma parte de una serie es otorgar existencia a un pasado y a un futuro que no son. ¿Acaso no es ésto hacer metafísica?

Una visión tal, que en filosofía se llama fenomenismo, es una *anticosmovisión*. Poniendo el acento en la visión ha disuelto al cosmos; estrechando la mirada al puro presente, no tiene ojos para el todo. El Positivismo, pues, como cualquier empirismo que quiera ser consecuente hasta el fin, lleva en sí mismo el germen de una aniquilación de sí y del mundo que quiere interpretar.

Y por sí esta aterradora percepción de la realidad a que conducen las premisas del Positivismo fuera poco, su alianza con la lógica le reservaba otras perplejidades. En efecto, la lógica inaugurada por B. Russell (como la física de Einstein o las geometrías no-euclídeas), muestra sorprendentes conclusiones, afirmaciones que el 'buen sentido', tan defendido por Comte, se resiste a aceptar. El Neopositivismo entendió necesario analizar los conceptos y enunciados de las ciencias para ver cuáles son sus significaciones, para comprender qué experiencias nos señalan. Pero en-

tendió también imprescindible un estudio paralelo de las distintas formas de razonamiento para poder decidir cuándo se razona bien y cuándo no. El estudio de tales formas de razonamiento, sin consideración del contenido con que se razona, es objeto de la lógica. La ciencia y todo pensamiento que busque ser riguroso, debe someterse a ciertas reglas en sus razonamientos. Necesita saber, por ej., que de dos juicios como éstos: 'Algunos cuerpos son metales' y 'Algunos metales son buenos conductores de la electricidad', no nos está permitido sacar conclusión alguna. No hay entre esos juicios un enlace racional que nos posibilite concluir algo. Si extrajéramos alguna conclusión violaríamos una ley lógica referida al silogismo, la ley que prescribe que de dos premisas particulares nada se sigue. Este ejemplo es sumamente claro. Pero la lógica que el Neopositivismo aferró para combatir a la metafísica nos deja asombrados cuando nos dice que un razonamiento como éste es válido: 'Toda madera es combustible', 'Algunas maderas no son combustibles', luego 'El piso de mi habitación está en el techo'. Aunque esto parezca una humorada, el ejemplo es sumamente respetuoso de una ley que permite lo siguiente: todo razonamiento con premisas contradictorias es válido, sea cual fuere su conclusión.

No sorprenderá, pues, que una lógica semejante en lugar de extirpar los enunciados metafísicos les consienta su ingreso en el área de una ciencia regulada por dicha lógica. Veamos otro ejemplo. El Positivismo, ya lo dijimos, exige que los enunciados empleados por la ciencia sean verificables. Supongamos que disponemos de un enunciado que cumple con ese requisito. Aceptemos por un momento que el juicio 'Los metales se dilatan con el calor' es verificable, es verdadero. Si ello es así, habrá que aceptar como verdadero (y significativo, por tanto) también a este otro juicio compuesto: 'Los metales se dilatan con el calor o Dios es todopoderoso'. Nuevamente se han respetado aquí las leyes lógicas. Sin embargo, para desagrado del Neopositivismo, el último enunciado introduce una afirmación resueltamente metafísica<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Consideremos al neopositivista ante la misión que se ha impuesto. Su deber es cuidar los linderos de ese nuevo feudo que llamamos ciencia. En su interior únicamente pueden habitar frases con significado. Como las frases de la metafísica no lo tienen, está claro que no se les consentirá su ingreso al cam-

pus del significado. El guardián les exigirá, como salvoconducto, que exhiban su significación. Ellas no podrán hacerlo y quedarán fuera de los lindes. Imaginemos cómo se las arregla el neopositivista para cumplir su tarea (no olvidemos que es lógico). Supongamos un tumulto interminable de frases que

Hemos visto cómo el Positivismo iniciado por A. Comte incluía algunas nociones cosmovisionales que se han popularizado en nuestra época. Tal es la fe en la ciencia como herramienta que todo puede explicar, la confianza en un progreso indefinido de la existencia humana, su descrei-

pugnan por ingresar al recinto. El guardián examina una primera frase que afirma: 'Usted es un guardián del significado'. El neopositivista se dispone a emplear su criterio de significado ("Una frase es significativa sí y sólo si es verificable empíricamente su verdad o su falsedad"). Se resuelve, pues, a verificar la frase. Pero repentinamente lo asalta esta dificultad: ¿qué es lo que debe verificar? La frase, para ver luego si tiene significado o no. Pero hete aquí que para verificar su verdad o su falsedad debe entender antes qué dice la frase, es decir debe conocer su significado para luego verificarlo. Y esto es exactamente lo inverso de lo que afirma su criterio: verificar antes para decidir después si hay o no significado. Supongamos que el guardián está más dispuesto a cuidar los linderos que a problematizar. Vuelve a la frase, entendiéndole su significado, verifica que la frase expresa una verdad, decide que tiene significado. Se resuelve a darle paso cuando otra frase afirma: 'Usted es guardián del significado o (...n)' y el tumulto infinito de frases se ha organizado dentro del paréntesis. El guardián advierte los pelajes entreverados en el seno del paréntesis, frases sospechosas, fantásticas, teológicas, metafísicas, comparten la ordenada fila con otras prudentes sentencias del sentido común y de la ciencia. Había resuelto permitir el ingreso de la primera. Lia-

mémosla 'A'. El guardián se dice, si franqueo el paso a 'A', ¿por qué no a 'A o (B, C, D...n)'? Esta última fórmula compuesta es una disyunción. Y, como toda disyunción, es verdadera si al menos uno de sus miembros lo es. Y 'A' es verdadera. Eso basta para que 'A' o (B, C, D, ...n)' sea también verdadera, con independencia del valor del segundo miembros encerrado por el paréntesis. Y como la verdad y la falsedad son propiedades de lo que tiene significado, el desagradable séquito aparece dentro de una frase significativa. La disyunción ha operado como un taladro que perfora el casco de un bote y por el orificio construido puede filtrarse toda el agua que se quiera.

Volvamos a nuestro ejemplo del texto: 'Los metales se dilatan con el calor o Dios es Todopoderoso'. Se trata de una expresión compuesta, de dos frases unidas con la conectiva de la disyunción. Un conjunto tal en lógica se define como verdadero si al menos uno de sus miembros lo es. Por consiguiente el ejemplo es verdadero. Lo cual no significa que el segundo miembro de la fórmula ('Dios es Todopoderoso') sea independientemente verdadero. Puede ser verdadero o falso y ello no modificará la verdad de la expresión compuesta. El neopositivista podría objetar diciendo que esa segunda frase metafísica no es ni verdadera ni falsa (nada significa) y que por tanto no debe unír-

miento en lo sobrenatural, la desvalorización del pasado por entender que fue preámbulo preparatorio del advenimiento de la verdadera humanidad, etc. Cabe apuntar que, aunque antimetafísico confeso, a este Positivismo inicial se le filtraron dentro de su sistema fuertes dosis de metafísica. Así, por ejemplo, su visión de la historia reconoce en ella un sentido final, un destino que imprime coherencia a todos sus estadios. Se trata de una filosofía de la historia, de una metafísica de la historia. El Positivismo Comtiano se difundió en nuestro tiempo junto a otras cosmovisiones y permanece entrelazado con ellas al influir en el ánimo del hombre contemporáneo. Pero el Positivismo contenía algunos elementos potencialmente anticosmovisionales, contenía un núcleo de difíciles problemas técnicos de la filosofía. Ellos fueron rescatados por el Neopositivismo y cultivados a espaldas de toda popularidad. Con un heroísmo intelectual admirable esta filosofía se autoaniquiló, se autocriticó ferozmente. No quiso ser distraída como Comte y aceptar soluciones fáciles que reposaran en supuestos metafísicos. Su antidogmatismo le evitó construir un sistema. El viejo Positivismo de Comte le sobrevivió. Hoy asistimos a esa doble presencia del Positivismo: una fuerte, popular, pero diseminada y en difícil comunión con otras cosmovisiones contemporáneas; otra que languidece en el afán de unos pocos especialistas en filosofía, quienes siguen enfrentando con lucidez pero casi sin esperanzas los problemas del Neopositivismo<sup>2</sup>.

---

sela con una conectiva lógica a la primera frase. Pero nótese cómo reaparece la dificultad inicial del guardia: si la frase es verificable, tiene significado; pero para verificarla debo conocer antes su significado. Por tanto cualquier frase metafísica cuyo significado no puede verificarse empíricamente, tiene un significado. En tal caso nada prohibiría tratarlas como verdaderas o falsas y de emplearlas en vinculación lógica con otras frases.

Los criterios elaborados por los empiristas lógicos no han conseguido aún evitar dos cosas: a) que las frases me-

tafísicas ingresen al lenguaje de la ciencia; b) que frases de impecable origen científico (especialmente las leyes) vayan a parar fuera del ámbito del significado. Para una discusión de este punto, véase el trabajo de Carl G. Hempel: *Problemas y cambios en el criterio empirista de significado* (incluido en la compilación de A. J. Ayer: *El positivismo lógico*, FCE, 1965). También *Teoría analítica del conocimiento*, de Arthur Pap (Ed. Tecnos, 1964).

<sup>2</sup> Los textos de A. Comte que se citan en el texto fueron extraídos del *Discurso sobre el espíritu positivo*.